

La Juventud Literaria

SE PUBLICA LOS DOMINGOS

AÑO XII.

DIRECTOR PROPIETARIO:

Ramón Blanco Rojo.

PRECIOS DE SUSCRIPCION:

En Murcia y Lorca, 50 cts. al mes. Fuera, 2 pts. trimestre.
Número suelto 10 cts. Redacción: Victorio 53.

COLABORADORES:

Todos los suscritores.

NÚM. 508.

MURCIA 21 DE ENERO DE 1900

La Juventud Literaria

EN LA BOCA DEL LOBO

Eleuterio iba perdiendo carnes de día en día; su existencia era un continuo sobresalto, y doña Wenceslao, su excelente patrona, no cesaba de decirle:

—¡Pero caramba! ¡No sea usted tan apocado!... ¿Qué tiene de particular que haya contraído esa deuda? Ya le pagará usted los cinco duros á ese demonio de hombre, á ese D. Hilario del infierno, que viene á alborotar la casa todos los días

—Ya sabe usted lo que dice, que en cuanto me coja ¡tras! me mata.

—Escribale usted á su tío; tal vez se conmueva...

—Mi tío es un bruto D.^a Wenceslao.

—Si; al momento se lo noté cuando estuvo aquí por San Isidro; una noche se bebió el agua de campeche que yo tenía preparada para teñir una mantelita, creyendo que era vino tinto.

—La última vez que le escribí, pidiendo dinero, por poco me pega dentro de la carta.

—¿Pero como ha contraído usted esa deuda?

—Verá usted, yo conocí á don Hilario en casa de las Fuguillas, unas muchachas que daban reuniones; y como él le hacia cocos á la más pequeña, y todas ellas eran muy aficionadas al lomo frito, una tarde las convidó á merendar en el Puente de Vallecas. Yo quise contribuir al gasto con mi parte alicuota; pero no llevaba dinero, y rogué á D. Hilario

que me lo prestase. Entre la mamá, las tres niñas y un chiquitín que tienen, lo mismo que un ternero cebon, vinieron á comerse unos ciento noventa y siete reales de lomo y otras fruslerías. De esto hace dos meses y aun no he podido pagar á don Hilario mi parte al cuota de lomo.

Y Eleuterio, al hablar así, apoyaba la frente en las manos y se limpiaba el sudor con una gamuza que usaba doña Wenceslao para sacar brillo á los boliches de las camas.

¡Tilín... tilín... lin... lin...! hizo en aquel momento la campanilla de la escalera.

¡Es el salvaje!—exclamó doña Wenceslao, palideciendo.

—¡Ay!—gritó el joven, refugiándose en el rincón más obscuro de la alcoba.

Doña Wenceslao corrió á abrir el ventanillo.

¿No está ese títere?—se oyó preguntar desde fuera.—Bueno: volveré mañana. ¿Vé usted este baston de hierro? Pesa siete libras. Pues bien, dígame usted que se lo he de romper en la cabeza... Si señora, en la cabeza... ¡A ese pillito!... A ese haraposito... á ese...!

Y don Hilario, después de soltar un terno, se fué por la escalera, dando con el puño del baston en las paredes.

Eleuterio, entretanto, se había subido á un cofre que estaba debajo de un ropero y tal era su aturdimiento, que tenía la cabeza metida dentro de una bata de doña Wenceslao y no lo notaba.

Don Hilario era una hiena, perteneciente á la benemérita clase de los comandantes de presidio, y contábase de él que en una ocasión se había mandado hacer un chaleco con la piel de un penado, muerto á sus manos

para dar ejemplo de valor cívico á sus subalternos.

—Vaya, don Eleuterio,—dijo al joven la excelente doña Wenceslao; no se acobarde usted y saiga á dar una vueltecita, que la noche está muy hermosa.

—¡Salir!—exclamó Eleuterio con espanto.

Las reflexiones de doña Wenceslao triunfaron al fin, y Eleuterio, después de cubrirse el rostro con el embezo de la capa y de calarse el sombrero hasta las cejas, salió á la calle.

—¡Que hermoso es el aire de la noche!—iba diciendo.—Hace un mes que solo respiro el aceite frito de doña Wenceslao. ¡Si yo me atreviese á ir al teatro! He oído decir á D. Hilario que detesta los espectáculos públicos y estoy seguro de no encontrarle.

Y andando, andando, llegó al teatro de Apolo. Un revendedor le cedió una butaca por la mitad de su precio, y el joven penetró en la sala diez minutos después de haber comenzado la función.

—¡Que fila tiene usted!—le preguntó el acomodador al verle entrar.

—Fila cuarta, número 2,—le contestó Eleuterio, que había atraído las miradas del público al hacer su aparición en el momento mas interesante de la obra, se dirigió al espectador que ocupaba su asiento, y tocándole dulcemente en el hombro, dijo:

—¡Caballero!

—¡Pun!—hizo el baston del espectador, al chocar contra la cabeza de Eleuterio.

¡Aquel espectador era don Hilario!

«Moraleja»

Ahora, lector, contrae deudas, si te parece.

LUIS TABOADA

RECUERDOS DE LA CORTE

LA NIEVE

Del alto firmamento
cual filigrana
se desprende de nieve
la fina pluma
que oscilando en el aire
de la mañana
la tierra va cubriendo
de blanca espuma.

Con el triste sudario
Madrid parece
un pueblo agonizante,
pobre y sombrío;
todo duerme y se calla,
todo parece,
del fiero Guadarrama
al soplo frío.

Los tranvías no corren,
huelgan los coches
y no salen las gentes
por las oidas;
parecen estos días
las tristes noches
de un gran pueblo que mira
«glorias perdidas.»

El silencio reemplaza
al gran ruido,
como llena el espacio
de esta Babel;
cuando Febo galante
con su fluido
manda al mundo la vida
que encierra en él.

Y es hermoso mirarlo
por los tejados
con la nieve formando
combinaciones,
en todos los salientes
festoneados,
en todas las macetas
de los balcones.

Las torres elevadas.
los campanarios,
los árboles de plazas
y los paseos,
todos forman de blanco
caprichos varios,
cual si símbolos fueran
de los deseos.

Es un cuadro que envuelve
melancolía,

